



cristianos. La verdad ¿quién la podrá averiguar? La alegría de victorias semejantes suele dar ocasion á que se tengan por ciertos cualquier suerte de milagros. Despues desta rota, los de Mérida, por no tener esperanza les vendria otro socorro, abrieron las puertas á los vencedores, que fué el fruto principal de la victoria; demas que desta vez se ganó y vino á poder de cristianos la ciudad de Badajoz, puesta en aquella parte por do parten términos Extremadura, Andalucía y Portugal.

El rey D. Alonso, que en el cuento de los reyes de Castilla y de Leon se pone por noveno de aquel nombre, acabadas cosas tan grandes y porque el tiempo cargaba, despidió su gente para que se fuese á invemar, resuelto de revolver con mayores fuerzas sobre los moros luégo que el tiempo diese lugar. Atajó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Villanueva de Sarria de una dolencia aguda que allí le acabó al fin deste año, yendo á visitar el sepulcro del apóstol Santiago para en él cumplir sus votos y dar gracias á Dios por mercedes tan señaladas; su cuerpo sepultaron en aquella iglesia de Santiago. De doña Teresa, su primera mujer, dejó dos hijas, doña Sancha y doña Dulce; de la reina doña Berenguela quedaron D. Fernando, que ya era rey de Castilla, y D. Alonso, que fué señor de Molina, y doña Berenguela, que casó con Juan de Brena, rey de Jerusalem. Tuvo otro hijo fuera de matrimonio, que se llamó D. Rodrigo de Leon. Reinó por espacio de cuarenta y dos años, fué valeroso y esforzado en la guerra; tan amigo de justicia, que á los jueces, porque no recibiesen de las partes ni se dejasen negociar, señaló salarios públicos, y los castigaba con todo rigor si en esto excedian. Verdad es que escureció y amancilló las demas virtudes de que fué dotado, con dar orejas á chismes y reportes de los que andaban á su lado; falta muy perjudicial en los grandes príncipes. El odio que tuvo á su hijo D. Fernando, de cuya virtud y santidad se debiera honrar más que de otra cosa, fué grande y le duró por toda la vida, tanto, que en su testamento nombró por sus herederos á las dos infantas, sus hijas mayores.

Por esta causa, para prevenir inconvenientes y pasiones, era forzoso que el rey D. Fernando, pospuesto todo lo al, se apresurase para tomar posesion de aquel reino, si bien á la sazón se hallaba ocupado en la guerra que hacia en Andalucía: príncipe esforzado y valeroso, y que no sabia reposar, ni miraba por su salud á trueque de adelantar el partido de los cristianos. Puso cerco sobre Jaen; pero aunque le apretó con todo su poder, tenianla tan pertrechada de gente y de todo lo demas, que no pudo ganalla. Pasó con su campo sobre Dalarherza. En este cerco estaba ocupado cuando le vinieron nuevas de la muerte de su padre. Aconsejábanle los que con él estaban, y entre ellos D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, diese la vuelta: solicitábale sobre todos su madre, y cada dia cargaban mensajes de todas partes en esta misma razon. Bien entendia él que le aconsejaban lo que era bueno, y que la dilacion le podria empecer más que todo; pero aquejábale en contrario el deseo de llevar adelante la empresa del Andalucía. Su madre, con el cuidado que el amor de hijo le daba, y por los miedos que el mismo le ocasionaba, acordó partirse para hablalle. En Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, camino del Andalucía, se encontraron madre é hijo. Allí tomaron su acuerdo, que fué sin más dilacion apresurar el camino para el reino de Leon, sin detenerse ni en Toledo ni en otra parte alguna. Hizose así, y el rey luégo que llegó al reino de Leon, le halló más llano de lo que se pensaba: los pueblos le abrian las puertas y le festejaban; llamábanle rey pío y bienaventurado, con otros muchos títulos y renombres que le daban. Coronóse en Toro, honra debida á aquella ciudad por ser la primera que le ofreció la obediencia por sus cartas. Los ricos hombres no estaban del todo llanos, ántes algunos seguian la voz de las infantas con algunos pueblos que se les arribaban.

Pudiera resultar desta division algun grande inconveniente, si los prelados de aquel reino no ganáran por la mano, cuyo oficio es no sólo predicar al pueblo y administralle las cosas sagradas, sino mirar por el bien y pro comun; y así, visto por quién estaba la justicia,

CAPÍTULO VII

Union del reino de Leon al de Castilla.—Conquistas de Córdoba y Valencia.

En el mismo tiempo que los de Aragon emprendieron la conquista de Mallorca y la ganaron, el rey D. Alonso de Leon con sus huestes y las de su hijo hizo una nueva entrada en tierra de moros. Púsose con sus gentes sobre Cáceres, villa principal de Extremadura, y que otras veces habia intentado tomalla y no pudo salir con ello. Era príncipe brioso y denodado; las fuerzas que llevaba eran mayores que ántes, y así pudo salir con la empresa, y áun pasó adelante animado con este principio á poner sitio sobre la ciudad de Mérida, que en otro tiempo fué la más principal de aquellas partes, y de presente era populosa y grande. El rey moro Abenhut, sabido lo que pasaba, por ganar reputacion entre su gente, acordó de ir con su hueste en socorro de los cercados. Su venida y determinacion puso en cuidado al rey don Alonso; por una parte se recelaba de ponerse al trance de una batalla por la poca gente que tenía, por otra el miedo de la infamia; si se retiraba, le aquejaba mucho más; que á tales personajes la afrenta suele ser más pesada que la misma muerte. Para resolverse juntó á consejo los capitanes: los pareceres fueron diferentes como es ordinario. Los más en número y de

mayor prudencia, querian se excusase la batalla con aquel enemigo que venia poderoso y bravo; mas el rey todavía se arrimó al parecer contrario de los que se mostraban más animosos y honrados.

Tomada esta resolucion, ordenó sus haces en guisa de pelear; lo mismo hicieron los moros, que ya tenian allí cerca sus estancias. Dióse la señal de acometer, resonaban las trompetas, las cajas, los atabales por todas partes. Cerraron con grande ánimo los unos y los otros; la batalla, por algun espacio, fué muy herida y sangrienta, pero en fin, el valor de los cristianos sobrepujó la muchedumbre de los paganos. La victoria fué tan señalada, y el destrozo de los enemigos de Cristo tan grande, que de miedo muchos pueblos de aquella comarca quedaron yermos por huirse sus moradores por diversas partes. Dijose por cosa cierta que el apóstol Santiago, y en su compañía otros santos con ropas blancas, en lo más recio de la batalla esforzaron á los nuestros y amedrentaron á los contrarios; y áun en Zamora no faltaron personas que publicaron haber visto á San Isidoro, que con otros santos se apresuraba para hallarse en aquella batalla en favor de los



enfrenaron sus particulares aficiones con la razón, y dieron de su mano el reino á quien venia de derecho. Los principales en este número fueron Juan, obispo de Oviedo; Nuño, de Astorga; Rodrigo, de Leon; Miguel, de Lugo; Martin, de Mondoñedo; Miguel, de Ciudad-Rodrigo; Sancho, de Coria. Doña Teresa, madre de las infantas, acudió de Portugal para dalles como á hijas el ayuda y consejo necesario. Parecióle sería más acertado concertarse con su antenado, y para esto se vió con Doña Berenguela, madre del rey, en Valencia la de Galicia: en esta vista y habla se acordaron que las infantas cediesen á su hermano el derecho que pretendian tener al reino, y que él les acudiese cada un año con treinta mil ducados para sus alimentos. Tomado este asiento, el rey de Leon do estaba partió para Valencia, las infantas fueron á Benavente para visitalle y verse con él. Al arzobispo D. Rodrigo, en premio del trabajo que tomó en todos estos tratos y caminos tan largos y tan continuos que hacia sin cansarse jamas, dió el rey en aquella tierra la villa de Cascata. Por esta manera, el reino de Leon tornó á juntarse con el de Castilla á cabo de setenta y tres años que andaba dividido, no sin perjuicio y daño de todos. La union y atadura que en el rey D. Fernando y sus descendientes se hizo y se ha continuado hasta nuestros tiempos, fué principio y como pronóstico de la grandeza que hoy tienen los reyes de España.

Don Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre llamado el Fuerte, título que en su mocedad le dieron sus hazañas, mudado el modo de vivir y la traza, en esta sazón, á causa de su mucha grosura y de la poca salud que tenía, se estaba retirado en el castillo de Tudela, sin cuidar mucho del gobierno. Deste retiramiento, los vasallos tomaron ocasion de atreverse y de alterarse, en especial en Pamploña, que diversas veces se alborotó por este tiempo. La falta del castigo hace á los hombres osados, y la dolencia de la cabeza redundó en los demas miembros. Asimismo D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, con golpe de gente por la parte de la Rioja, hizo entrada en las tierras de Navarra, y en ella se apoderó

de algunos pueblos y castillos; sospechóse que el rey D. Fernando tenía en esto parte, y que por su consejo y con sus fuerzas se encaminaban estas tramas. Lo que hacia más al caso, que Teobaldo, conde de Campaña en Francia, sobrino de aquel rey por ser hijo de su hermana doña Blanca, infanta de Navarra, y que si tuviera paciencia habia de heredar aquella corona, por no tener el rey hijos, con demasiada priesa traia sus inteligencias con los señores de aquel reino, pasa desposeer á su tío; grande crueldad, y que le puso en condicion de perder lo que tenía en la mano; porque el rey D. Sancho, avisado de lo que pasaba, y punzado del dolor que estos desórdenes le acarreaban, visto que por sí no tenía fuerzas bastantes para contrastar con los suyos y con los extraños, acordó buscar socorros de fuera, y de camino vengarse de aquellos ultrajes y deslealtad.

El rey D. Jaime, acabada la empresa de Mallorca, ganára renombre de esforzado y valeroso, en tanto grado que los demas príncipes á porfía pretendian su amistad y buena gracia: acordó envialle sus embajadores para rogalle se fuese á ver con él en Tudela, para comunicalle algunos negocios muy graves, y que no se podian tratar en ausencia por terceros. Hallábase el rey D. Jaime en Zaragoza, donde por la vía de Poblete y de Lérida era venido despues de la conquista de Mallorca. No le pareció dejar pasar aquella ocasion, que segun él imaginaba se le presentaba de acrecentar su estado; así sin pedir otra seguridad se vino para el rey D. Sancho.

Mostráronse mucho amor de la una parte y de la otra: acabados los comedimientos y cortesias, entraron en materia y trataron de lo que importaba. Querellóse D. Sancho de su sobrino el conde Teobaldo, que sin respeto al deudo, ni tener paciencia para esperar su muerte, con sus malas mañas le alteraba los vasallos: del rey D. Fernando dijo que, sin embargo que tenía tantas provincias, era su ambicion tan grande, que con los nuevos ditados le crecia el apetito de mandar, mal desasosegado ó incurable: que tenía pensado valerse de sus fuerzas, de su dicha y de su maña, recobrar lo de Viz-



caya que le tenían contra derecho usurpado, y reprimir los insultos é intentos de Francia, y juntamente sosegar los naturales para que no se atreviesen: en recompensa de su trabajo le queria dejar aquel reino para despues de sus días, y para más aseguralle, desde luego nombralle por su sucesor y adoptalle por hijo, como lo hizo por estas palabras: «Yo os nombro por mi heredero por vía de adopcion para que hayais y poseais esta corona: prospere Dios Nuestro Señor y ayude esta nuestra voluntad; que bien entiendo despues de mis días miraréis por mis vasallos, y miéntras viviere haréis lo que de un buen hijo puede su padre esperar.»

Aceptó el rey D. Jaime esta adopcion, y la buena suerte que se le presentaba. Para dar mejor color á todo concertaron que la adopcion fuese reciproca, de suerte que cualquiera de los dos que faltase, el otro le sucediese en el reino. Era cosa ridícula y juego que un mozo, y que se hallaba en lo mejor de su edad, además que tenía hijo y heredero, prohibiese un viejo doliente, y que estaba en lo postrero de su vida: púedese sospechar que el navarro por su edad y dolencia no estuviese muy entero. Á los cuatro de Abril se otorgaron las escrituras deste concierto, que confirmaron los señores que de Aragon y Navarra se hallaron presentes. Demas desto el navarro dió al de Aragon prestados para los gastos de la guerra cien mil sueldos, y en prendas recibió para seguridad de la deuda ciertos pueblos de Aragon. En esto vino nueva que el rey de Túnez aprestaba una gruesa armada para recobrar la isla de Mallorca, que hizo despedir las vistas y abreviar, y forzó al rey D. Jaime á dar la vuelta á Zaragoza para acudir á la defensa, si necesario fuese.

En este tiempo falleció Aurembiase: dejó en su testamento el condado de Urgel y Valladolid en Castilla al infante D. Pedro, su marido, por no tener hijos; de que resultaron nuevos inconvenientes, á causa que D. Ponce de Cabrera acudió á los derechos y pretensiones antiguas de su casa, resuelto, si no le hacian razon, de valerse de las armas y de la fuerza. Atajó el rey con su prudencia la tempestad que se armaba: concertó que al nuevo pretensor se diese aquel condado, fuera de la ciudad de Ba-

laguer, que retuvo para sí, y al infante, miéntras que viviese, entregó la isla de Mallorca para que la gobernase en su lugar y como teniente suyo. Tomado este acuerdo, el rey, del puerto de Salu se hizo á la vela y aportó á Mallorca. Supo que el rey de Túnez por aquel año no venia; por esto, sin hacer otra cosa, dió la vuelta para su casa.

El rey D. Fernando se ocupaba en visitar el nuevo reino de Leon á propósito de granjear las voluntades de la gente con todo género de buenas obras y mercedes que les hacia. En el entretanto encargó el cuidado de la guerra contra moros al arzobispo D. Rodrigo; y en recompensa le hizo merced de la villa de Quesada, á tal que echase della los moros, á cuyo poder era vuelta. Venido, pues, el verano, el arzobispo, con gente, rompió por aquella parte: corrió los campos, hizo presas, quemó las mieses que ya estaban sazonadas; y no sólo ganó de los moros á Quesada y á Cazoria, villas puestas en los pueblos que antiguamente se llamaron Bastetanos, sino tambien les tomó á Cuenca, Chelis, Niebla, que llamaron los romanos Elepla, con otros pueblos comarcanos de menor cuenta. Este fué el principio del adelantamiento de Cazoria, que por largos tiempos por merced y gracia de los reyes poseyeron los arzobispos de Toledo, que nombraban como lugarteniente suyo al adelantado, hasta tanto que en nuestros días D. Juan Tavera, cardenal y arzobispo de Toledo, le dió por juro de heredad para sus descendientes á D. Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon, al cual de secretario suyo levantó á grande estado y dignidad el favor y privanza que alcanzó con el emperador Carlos V, rey de España. Verdad es que D. Juan Siliceo, sucesor del dicho cardenal, pretendió por pleito revocar aquella donacion como hecha en notable perjuicio de su iglesia; pero ni él ni sus sucesores salieron con su pretension hasta que D. Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de Toledo, concertó la diferencia y restituyó á su iglesia aquella dignidad. Quesada, porque volvió á poder de moros y adelante la recobró con sus armas el rey D. Fernando, se quedó por los reyes de Castilla.



Por estos tiempos Juan de Brena, rey de Jerusalen, perdido casi todo aquel reino, pasó por mar en Italia. Era frances de nacion: solicitó á los príncipes de Europa que le ayudasen con sus gentes para recobrar su reino. De camino casó á Violante, única hija suya, con el emperador Federico II, que por este casamiento tomó título de rey de Jerusalen, y dél se quedó en los reyes de Sicilia, sus sucesores en aquel reino, hasta pasar con él y continuarse en los reyes de Aragon y de España sucesivamente. Solemnizadas estas bodas, el rey Juan de Brena pasó en España, y aportó por mar á Barcelona año de mil doscientos treinta y dos. Hospedóle el rey de Aragon con mucho amor y regalo, y le tuvo consigo algun tiempo. Fuése desde allí á Santiago de Galicia por voto que tenía hecho de visitar aquel santuario. Honróle mucho el rey D. Fernando, y para mayor muestra de amor, si bien era extranjero y su estado en balanzas, le dió por mujer á su hermana la infanta doña Berenguela á la vuelta de su romería.

Concluidas las bodas, dió aquel príncipe vuelta á Italia para con los socorros que juntó pasar á la guerra de la Tierra Santa: el suceso no fué conforme á sus esperanzas ni trabajos, que por fuerza sufrió en viaje tan largo. Los *Anales de Toledo*, á quien damos mucho crédito, señalan la venida deste rey á España ocho años ántes desto, y que el rey D. Fernando le recibió solemnemente en Toledo, día viénes á doce de Abril. La verdad es que vuelto á Italia, perdida la esperanza de recobrar su reino, por órden del papa se encargó del imperio de Constantinopla, por ser de poca edad el emperador Balduino, y estar aquel imperio que tenían los franceses á punto de perderse. Casó el mozo emperador con María, hija de aquel rey y de su mujer doña Berenguela. Éste quiso fuese el premio de los trabajos que pasó en aquel gobierno y tutela. En Castilla los soldados de las órdenes militares se juntaron con el obispo de Plasencia, y de consuno ganaron de los moros á Trujillo, pueblo principal de la Extremadura: la toma fué á los veinticinco de Enero.

El rey D. Jaime pasó tercera vez á Mallor-

ca y se apoderó de la isla de Menorca; que la de Íbiza, una de las Pithyusas, y la mayor en el mar Ibérico, se conquistó el año adelante de mil y doscientos y treinta y cuatro. Guillen Mongrio, prelado de Tarragona, sucesor de Aspargo, ya difunto, envió sus gentes para este efecto, y por esta causa quedó aquella isla sujeta á su diócesis y obispado, como era razon. Este año, á los siete de Abril, falleció en Tudela el rey D. Sancho de Navarra. Su cuerpo enterraron en Nuestra Señora de Roncesvalles, convento de canónigos reglares que él mismo edificó á su costa y le dotó de buenas rentas: traen en el pecho una cruz azul en forma de cayado ó de báculo; por lo demas, el hábito es de clérigos ordinarios. Los navarros, luégo que murió su rey, llamaron á Teobaldo, conde de Campaña, como á pariente más cercano: coronóse por el mes de Mayo en Pamplona. Un autor dice que el rey de Aragon, si bien tuvo aviso de todo, disimuló y no quiso irles á la mano ni seguir su derecho; que por ventura la conciencia le remordia para no pretender lo que no era suyo. Las guerras que emprendió adelante dan á entender que si disimuló fué por un poco de tiempo, hasta desembarazarse y aprestarse para seguir su derecho de adopcion, que le tenía por bien fundado: mas la esperanza de salir con su intento era poca, por la aversion que mostraban los naturales.

Teniale otrosí puesto en cuidado un nuevo casamiento que trataba para sí con doña Violante, hija del rey de Hungría, que procuraba estorbar con todas sus fuerzas el rey D. Fernando, porque todavía deseaba reconciliarse con su tia doña Leonor, que repudió los años pasados. Andaban embajadas sobre el caso, y porque porvía de terceros no se concluía nada, acordaron los dos reyes de verse en el monasterio de Huerta, puesto á la raya de los dos reinos: allí se hablaron á los diez y siete de Setiembre. No se hizo efecto alguno en el negocio principal por razones que el aragonés alegó en su defensa: sólo demas de los pueblos que ántes tenía, dió á la reina doña Leonor la villa de Ariza en que pasase su soledad, y para mayor entretenimiento vino en que su hijo quedase en su compañía hasta tanto que fuese de



más edad. Empleaba esta señora su tiempo y sus rentas en obras de piedad, en particular á su costa cerca de Almazan fundó un monasterio de Premostre, órden cuyo fundador no muchos años ántes deste tiempo fué Humberto, natural de Lorena, en Francia. El nombre de premostratenses tomaron estos religiosos del primer monasterio que edificaron en el bosque de Premostre.

Acabada la habla y las vistas, los dos reyes de Aragon y Castilla volvieron á proseguir la guerra santa contra los moros. Los aragoneses, feroces con la victoria de Mallorca, y con odio que tenían al rey Zaen, que estaba por fuerza apoderado del reino de Valencia, y había entrado por las tierras de Aragon robando y quemando aldeas y villas, hasta llegar á Amposta y Tortosa, determinaban intentar la guerra de Valencia; los castellanos proseguían la guerra comenzada en el Andalucía. La division que á esta sazón tenían entre sí los moros, daba esperanza de buen suceso á los fieles, porque entre ellos andaban todos estos bandos: Almohades, Almoravides, Benamarines, Benadalodes. Era de tal manera la division y desconcierto, que aunque nadie les diera empellon, el mismo reino se cayera de suyo y se fuera á tierra. Concedieron los de Cataluña al rey el tributo que llaman bovático, para la guerra de Valencia, que no suelen conceder sino en el último aprieto y extrema necesidad. Muchos de los cristianos comenzaron á hacer entradas en las tierras de los moros: talaban y robaban lo que podían, especialmente D. Blasco de Alagon, que tomó de los moros á Morella, pueblo fuerte.

Este buen agüero y pronóstico para la guerra siguiente, que una persona particular hiciese tan buen efecto, al rey dió pesadumbre; sentía que ninguno se le adelantase en dar principio á esta guerra. El castigo fué que tomó aquella villa para sí, y dió á D. Blasco en recompensa la villa de Sástago, que fué principio de la guerra de Valencia, y de los condes de Sástago, principal casa de aquel reino. Despues de tomado Morella, otro pueblo llamado Burriana, pasados dos meses de cerco, se entregó al rey con condicion que á los moradores les concediese la vida y libertad: salieron deste pueblo

siete mil personas entre hombres y mujeres. Grave daño fué para los moros la pérdida destes dos pueblos, que con la fertilidad de sus campos sustentaban en aquella comarca otras muchas villas y castillos, á los cuales fué asimismo forzoso rendirse. De los primeros fué Peñíscola, á quien llama Ptolomeo Chersoneso, y con ella Castellon y Buñol. D. Ximeno de Urrea tomó á Alcalaten; por esto se hizo merced de aquel lugar y señorío á la nobilísima familia de los Urreas, continuado hasta este tiempo. Más adentro, en medio del reino de los moros, á la ribera del rio Júcar, conquistaron la villa de Almazora; entráronla los nuestros de noche, y así los moros huyeron sin ponerse en defensa.

En este tiempo el rey D. Fernando, apaciguadas las cosas de Leon, dejó allí la reina para ganar más con esto las voluntades de aquella gente. Hecho esto, en Castilla se guarneció de un grande ejército con determinacion de proseguir la guerra del Andalucía, que por algun tiempo forzosamente se había dejado. Puso cerco sobre Úbeda, y combatióla con todo género de máquinas; y aunque por ser de suyo ciudad principal, y estar cerca de Baeza no más de una legua, la tenían fortalecida de muchos valientes soldados de guarnicion, baluartes y vituallas para entretenerse mucho tiempo; pero la fortaleza y constancia del rey venció todas las dificultades, y se entregaron los moradores, salvas solamente las vidas. Por otra parte, las órdenes tomaron á Medelin, Alfanges y Santa Cruz. La alegría destas victorias se mezcló y turbó con nueva pérdida, como es muy usado en esta vida mortal y llena de mudanzas. La reina, mientras el rey andaba ocupado y contento con el buen suceso que Dios le daba en la guerra, falleció en la ciudad de Toro. Llevaron su cuerpo al monasterio de las Huelgas de Búrgos; las exequias se le hicieron muy solemnes y el entierro. De allí fué trasladado su cuerpo á la ciudad de Sevilla despues de algunos años, donde junto con su marido la sepultaron y yace, con quien vivió muy unida en amor y voluntad.

Tomada Úbeda, el rey se volvió á Toledo, determinado de visitar otra vez las ciudades y villas del reino de Leon; con estos halagos pre-